

Una salida como cualquier otra

Diego Prieto Olivares

Image not found.

Capítulo 1

Un oscuro cielo se empieza a notar desde mi ventana, y un frío viento reemplaza lentamente el tenue calor que momentos antes había reinado en el exterior. Me encuentro sentado frente a una pantalla, que ahora se muestra inerte porque he decidido apagarla. Nadie puede conocer el mundo sentado desde un lugar así, menos aun observando una pantalla cuyo cristal es tan negro como lo que transmite. Doy un respiro tan profundo que me obliga a cerrar los ojos y perderme por un instante en la tranquilidad de mis imaginaciones.

“Necesito un libro” pienso con melancolía. Hace ya tanto que no he podido visitar otros mundos. No, he estado demasiado preocupado por las nimiedades de esta vida. El apartamento, el trabajo de medio tiempo que no me gusta pero que debo conservar para obtener dinero, el dinero que necesito si quiero continuar escribiendo cosas que puede que a la gente no le importen, pero que son sin duda importantes para mí. Dinero que necesito si quiero seguir estudiando, porque es la única forma de liberarme del agobio de una vida por demás sin sentido. En resumidas cuentas, necesito trabajar para conseguir dinero, necesito dinero para conseguir educación, y necesito educación para conseguir mi libertad.

“Entonces me pregunto, ¿el dinero me dará mi libertad?”

Mi boca se vuelve amarga con tan deprimente pensamiento, y sacudo mi cabeza en un vano intento por quitarme el agobio. Antes de darme cuenta, mis pies y mi anhelo de libertad ya me están llevando a la puerta del apartamento, tan solo con una mochila cruzada al hombro.

La biblioteca no queda muy lejos, solo caminar un par de cuadras y cruzar el puente que separa un barrio del otro; un viaje ligero, un pequeño precio a pagar por un libro que me traerá pequeños aunque significativos momentos de efímera felicidad. Recorro las calles que me han de llevar a la vía principal, esquivando, ya con bastante práctica, los puestos de comercio que se extienden por toda la acera dejando apenas pocas zonas libres para que los transeúntes puedan caminar, pero a ellos parece ya no molestarles el hecho de que tengan que pasar incómodos y apretujados para llegar a sus destinos. Al fin y al cabo, el hecho de tener lo que necesitan tan cerca sin ejercer el inhumano esfuerzo de caminar para

obtener lo que se quiere, prima sobre todo lo demás. Es poco lo que se reflexiona sobre la posibilidad de aumentar el consumo y de llenar los bolsillos de unos desconocidos.

Todo aquello podría llegar a ser pasable si terminara al final de la calle, pero lo que viene es aún peor. Es imperativo que aguante la respiración un rato mientras apuro el paso, pues estoy a punto de entrar a un territorio desconocido e infame, con un putrefacto olor producido por la mezcla de la comida a medio preparar que venden en cada puesto a mi derecha y la infinidad de cigarrillos que fuman los transeúntes que conversan en medio de gritos y palabras que preferiría no escuchar. Intento no posar mi mirada en ellos ya que, tristemente, este mundo nos ha hecho desconfiar de todos. Si alguien estuviera escuchando mis pensamientos seguramente mi tildaría de prejuicioso o paranoico, pero no es eso, en lo absoluto. Aun intento creer en la bondad de la humanidad, pero me decepciono con cada nuevo segundo que avanza y se desliza cual cobra escurridiza.

El corrupto olor y los cuerpos de los vagabundos que duermen en el suelo, sin un lugar donde dormir hacen que se me escapen un par de lágrimas del rostro. La decadencia y la indiferencia de la humanidad me mueve el corazón y me parte el alma a trozos, pero intento que no se note mi sentimiento porque, también en una sociedad tan mal guiada, los individuos y en especial los hombres no tienen derecho a llorar, ni a mostrar ningún sentimiento que pueda dejar entrever algo de naturaleza humana.

"*¡Marica!*" Gritan a mis espaldas y un suspiro escapa de mis pulmones. No conseguí ocultarlo lo suficiente, pero antes de que puedan decirme nada más me encamino hacia el puente, desde donde los rostros de los dos postulados a ser el nuevo "Gran Hermano" me observan con esa sonrisa malévol. Ignoro el desasosiego que me genera pensar en la política y me concentró en mi camino.

El corazón se me desboca y me detengo por un instante, sumamente breve, mientras continúo con mi camino. Lo que me faltaba, el ejército reclutando. De nuevo, intento no hacer contacto visual, y concentrarme en otras cosas que opaquen mi miedo. Soy un remiso, no por mi culpa y estoy seguro que tampoco por la de aquellos soldados que solo siguen órdenes y cuya labor, por demás noble, se encuentra ya demasiado

tergiversada. La burocracia, la corrupción y el desorden administrativo me han puesto esa etiqueta y me ha obligado a pagar un dinero con el que no cuento.

El alma me regresa al cuerpo y un atisbo de sonrisa se acerca a mi rostro cuando paso inadvertido. Llego a la biblioteca y tras dar un par de pasos más entro y busco mi libro, donde otra fría pantalla me cuenta que está disponible. Sin embargo, no lo encuentro en ningún lado. Pregunto a una trabajadora de aspecto amable, quien me cuenta que lo han entregado dañado y ha sido enviado a arreglar. Bajo esas palabras, que escucho solo en la superficie, puedo sentir el poder de otras muy distintas.

"Las personas no se preocupan ya por los libros, no es extraño que los devuelvan rotos. Y este lugar, que está cayéndose a pedazos es una isla desierta a la que solo muy pocos náufragos vienen. La esperanza que brinda este lugar está cerca de desaparecer, pero al gobierno no le importamos lo suficiente. Lo siento, tendrás que volver otro día para ahogar tus penas en el libro que quieres leer."

No sé, ni me importó, si fui capaz de ocultar la resignación en mis facciones. Volví a la sala de lectura, pensé en algún otro mundo en el cual sumergirme y busqué, esperando que estuviera disponible en tan pobre catálogo, con lo poco que podía hacerse con una inversión tan miserable en las bibliotecas. Tuve suerte, quizá el único en todo aquel recorrido, y una vez que tuve el texto entre mis manos lo abracé, fuerte contra mi pecho. Se mantuvo así durante mucho tiempo, como si cada palabra, cada texto y cada aventura pudiera ser absorbida con solo sostenerlo de esa forma. La realidad se desmoronó en ese instante y me transformé (o al menos así lo sentí) en un fantasma errante. Mi certeza de la realidad se había ido y me desprendí de este mundo de decadencia y miseria. Solo recuerdo bellos parajes, aventuras sin igual, mundos más hermosos y más dignos de ser contemplados.

Ni siquiera recuerdo el momento en que entré en mi apartamento, hasta que de repente ya me encontraba allí, recostado contra la puerta, como si quisiera refugiarme en mi pequeño universo. Por un breve instante tuve algo de privacidad, y fue ese sentirme enteramente solo lo que me llevó a derrumbarme, dejar mi cuerpo caer, aun con el pequeño mundo entre mis brazos, mientras mis ojos liberaban las lagrimas que, desde hacía ya

bastante tiempo, se esforzaban por salir.